

pecho para fundar la libertad. Y el sentimiento religioso de los pueblos latinos se aferra por completo al catolicismo. Precisa, pues, que la democracia no tenga sistemática hostilidad á la Iglesia, ni la Iglesia sistemática hostilidad á la democracia. Enseña la experiencia que puede vivir la Iglesia en paz con la República, cual acontece en nuestros ojos en América; enseña la experiencia que puede la libertad á su vez vivir y crecer con el catolicismo, como sucede á nuestros ojos en Bélgica.

El Papa que organizó la Iglesia romana en las catacumbas; y allá durante la cuarta centuria, pudo vivir en amistad con las incértidumbres religiosas reinantes en el imperio desde Constantino hasta Teodosio; y al llegar los bárbaros á levantar los brazos y detener la inundación, convirtiéndola por virtud de sus esfuerzos morales en fecundante riego; el Papa que se ha entendido con las exarcas de Rávena, con los reyes de Lombardía, con los jefes de los feroces ostrogodos, con los usurpadores francos, con los Césares alemanes, con los feudatarios eclesiásticos y guerreros, con los reyes absolutos, ¡oh! tendrá que entenderse tarde ó temprano con la democracia moderna, realización práctica del espíritu evangélico, tanto en las instituciones como en las costumbres. Los entendimientos de la claridad que yo me complazco en reconocer al entendimiento de aquel diputado á quien contradigo, deben apresurarse á promover una conciliación, la cual urge para prevenir y evitar grandes y pavorosas catástrofes.

Permitame, si, mi amigo el Sr. Pidal mostrarle con seguridad el abismo á que camina, sin quererlo. Nadie logrará evitar las consecuencias de sus principios; y las consecuencias de los principios del Sr. Pidal, por más que él quiere detenerlas al amparo de la política conservadora, se van por una pendiente inevitable á la política del señor Ortiz de Zárate. Nada me ha extrañado tanto en mi vida, como la indiferencia con que la Cámara oyó el discurso de los tradicionalistas, pronunciado por su procurador más le-

gitimo. ¿Cómo explicarme tamaña indiferencia? ¿Sucedería esto porque nuestro compañero de Alava con ser un escritor distinguidísimo, un abogado experto, un representante muy digno y muy antiguo del país, carece por largas ausencias de aquel aire y de aquel sabor madrileño, indispensables ya en nuestras artes políticas? Pues casualmente su recientísima llegada de las Provincias Vascaas, y su largo trato con los partidos reaccionarios, y su representación política, debían despertar mayor interés en nosotros, como aumentan la importancia y la transcendencia de todo cuanto ha dicho. Los párrafos que yo escuché, los que leí por no haberle podido escuchar, levantaron, señores, en mi alma un verdadero asombro. ¡Cuán erróneas habrán de ser las ideas tradicionalistas, cuando engendran por maleficio en conciencias tan puras sombras tan espesas, y en corazones tan levantados sentimientos tan implacables!

Protestemos contra estas ideas y contra estos sentimientos, que luego suelen condensarse ¡ay! en nubes sangrientas y traernos en sus entrañas, no las revoluciones transitorias de los partidos liberales que duran días, las horribles guerras carlistas que duran siete años. ¿No acordais, señores, como nos mentaba, con qué sentido amenazador, la separación de Portugal y su repugnancia invencible á unirse con España? ¿No acordais, cómo llegó á decir que por haber modificado, señores, ó por haber destruido los fueros aunque no lo quieren ni lo piensan, debían las provincias Vascongadas haberse separado de España? La hipótesis, solamente la hipótesis de tamaño propósito; la oración condicional, solamente la oración condicional de tamaño pensamiento, debe quedar enterrada para siempre al pie de esa tribuna, donde resplandece el Verbo español, que representa la unidad de nuestro espíritu.

La nación española no está formada por pactos, ni por escrituras ni por convenios; nos une á ella, lo mismo que nos une á nuestros padres, el nacimiento de nuestra vida, la sangre de nuestras venas, la esencia de nuestra comple-

xión, la palabra de nuestra lengua en el hogar aprendida, el apellido y el nombre con que nos distinguimos en la sociedad y nos presentaremos ante la historia, los átomos calcáreos de que están compuestos nuestros huesos, las raíces de nuestra existencia hundidas en el polvo donde duermen las generaciones que fueron, el sepulcro mismo en que ha de reposar nuestro cadáver, la naturaleza que nos une con el clima, la historia que nos une con los tiempos pasados, la voluntad de Dios que nos ha concedido en patria esta nación, por cuya integridad, por cuya totalidad, por cuya unidad, amor exaltado, pasión frenética, idolatría eterna de los corazones españoles, morirán cien mil veces todos sus hijos, como dignos héroes de la epopeya inmortal que se ha repetido por más de diez siglos, y para la que hay héroes eternamente en nuestra familia nacional, y aras y holocaustos en nuestro sacratísimo suelo, destinado á representar en la tierra el sacrificio del mártirio.

Pero el Sr. Ortiz de Zárate no se satisfizo con la condicional antes citada, que tantas amenazas envolvía contra nuestra patria; se fue á la eternidad y comenzó á distribuir á su antojo la divina justicia. Señores, la pleuresia de que murió en pleno invierno á los 70 años Victor-Manuel, bendecido por todo su pueblo y enterrado en el panteón, es un castigo de la justicia divina; la bala del zulú salvaje que inmoló á un pobre mozo criado en las Tullerías y muerto en el destierro, es otro castigo de la justicia divina; el puñal de Pasavante que amenazó la existencia del rey Humberto, es otro aviso de la muerte que le aguarda con seguridad á quien detenta los Estados del Papa y ciñe la corona de Italia. ¿Qué partido es ese, señores, el cual numera y habilita á Dios entre sus vengadores y sus verdugos?

Si Pasavante era un ministro de Dios ¿qué era el zapatero Simón? ¿De dónde venía el sayón que guillotino á Luis XIV y á Maria Antonieta? ¿Qué castigaban los zulús en el inocente hijo de Napoleón III: la restauración del po-

der temporal del Papa consumada por las tropas de su padre, ó la ocupación de Roma veinte años por el poder de su padre mantenida?

Si todos cuantos mueren trágicamente son blancos de la cólera divina, ¿qué me dice S. S. de los tres últimos Arzobispos de París, muerto el uno en las barricadas de Junio, inmolado el otro alevemente por la mano de un sacerdote al pie de su altar, fusilado el otro por la horrible y criminal comunidad revolucionaria? ¿Y cuándo, señores, dice estas cosas? ¿Cuando el Czar aquel de todas las Rusias, hijo del déspota en quien pusieron los carlistas un día toda su esperanza, y cuyo gobierno despótico es el modelo que copian, ha sido destrozado en mil pedazos por las bombas de sus vasallos? Señores, será necesario que enseñemos doctrina católica á estos católicos, los cuales nos han propinado una guerra civil por su catolicismo. Cuando se ve á un patriota insigne, á un magistrado integérrimo, á un militar heróico, á Garfield, despues de haber peleado por la más santa de las causas, la redención del esclavo, y de haber ejercido la más sublime de las dignidades, la presidencia del primer pueblo republicano de la tierra; cuando se le ve á una edad aún florida, entre su familia idolatrada, en el colmo de ambiciones legítimas y en el ejercicio de un poder envidiable, purificando é instruyendo, caer herido por la mano de un loco y espirar entre dolores horribles; y el verdadero creyente se penetra de que nuestro planeta, este grano de arena sumergido en una lágrima, no puede, no, contener toda la infinidad de nuestra vida, ni puede realizar toda la plenitud del sumo bien, y que estamos llamados á otro mundo mejor, donde realicemos á un mismo tiempo la totalidad de nuestra esencia y veamos el cumplimiento de la divina justicia.

Verdaderamente, señores, el Evangelio, tal como lo comprenden los carlistas, es un Koran; y el sacerdocio, tal como los carlistas lo comprenden, es un mahometismo. Y esto es tan cierto, que nos ofrecen los sitios de Bilbao y

de Berga, los fusilamientos de Olot, los saqueos de Cuenca, los incendios de Hernani, la corte de Oñate, la sima de Esquinza, no como un castigo, sino como un remedio: señores, un remedio, la peor, la más horrible, la más cruda, la más mortal y gangrenosa de todas nuestras enfermedades sociales. Si: no hay nada en el mundo tan detestable como el fenómeno que ha ocurrido en la última guerra civil, como el fenómeno de los curas facciosos y guerrilleros, los cuales no existen ya ni en los pueblos más atrasados de la tierra, y existen ahí en el carlismo. ¡Cómo! los ministros de aquel que solamente alzó la mano para bendecir, y solamente tuvo corazón para amar, echando por la boca los espumarajos del odio, y tiñendo la vista con la sangre de la matanza; los enviados para ser ovejas entre lobos, convertidos en lobos de sus ovejas; los discípulos de quien hizo envainar la espada del combate á Pedro, é intercedió con su Eterno Padre en la cruz por los mismos que le crucificaban, corriendo por montes y por valles con el trabuco en las sacrílegas manos destinadas para mantener la Hostia incruenta, vertiendo sangre después de consagrar la sangre redentora en el Cáliz, encabezando el exterminio después de haber leído en el Evangelio: «quered á los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y os calumnian; ser perfectos como nuestro Padre celestial;» ¡qué horrible y qué trascendental blasfemia! Señores, así como en las exageraciones cantonales reside por fuerza el gran peligro para libertad, en las exageraciones carlistas reside por fuerza el gran peligro para la religión. Hay un materialismo religioso mucho más temible que el materialismo filosófico, porque trastrueca en mundanos intereses los ideales que deben servirnos como de alas para nuestro espíritu. Blasfemais cuando decís que el cristianismo está unido indisolublemente á la intolerancia en religión, al absolutismo en política, á la tasa en economía, al gremio en trabajo, al mayorazgo en familia, al vínculo y amortización en propiedad, á la censura en ciencia, al

pre-rafaelismo en arte, á la reacción universal. El espíritu cristiano ¡ah! no está ni en el obispo guerrero que mata y destroza, ni en el castillo feudal que tiene los siervos en el terruño y los rivales en la horca, ni en la horrible inquisición que consume la sangre del pensador y calcina sus huesos y lo reduce á cenizas.

Y, señores, he ahí la principal razón por qué yo creo, además de reaccionario, imprevisor á todo Gobierno refido con el espíritu liberal, liberalísimo, que los asuntos de la pública enseñanza exigen indispensablemente en nuestra patria. Y aquí debo felicitar al señor ministro de Fomento por haber devuelto su libertad á la ciencia y á la cátedra su autonomía, progreso beneficioso al cual irá gloriosamente unido su nombre. La teoría conservadora que dictó célebres circulares, ¡ah! es inadmisibile por falsa y opuesta en todo á la naturaleza del humano saber. Para los ultramontanos, la ciencia debe hallarse al clero entregada, con lo cual volveríamos á la Edad Media; mas para los conservadores, la ciencia debe hallarse al Estado entregada, con lo cual volveríamos mucho más lejos, con lo cual volveríamos, señores, al Imperio chino.

Si, en aquella sociedad mecánica, casi atea, organizada por clases que se mueven como si las moviera un resorte, frías y lustrosas y frágiles cual sus porcelanas; en aquella sociedad, el historiador es un funcionario público, el sacerdote un funcionario público, el médico un funcionario público, y un funcionario público es el sabio. ¿Y sabeis á dónde íbamos á parar con la idea por los conservadores aplicada con tanto empeño á la enseñanza oficial? Pues íbamos á parar á que la ciencia se convirtiera en sierva de la administración. Y como la administración es real y la ciencia es ideal; como la administración es circunstancialísima y la ciencia independiente de tiempo y de lugar; como la ciencia es una serie de indagaciones puras y la administración una serie de impuras transacciones; el catedrático de economía estaba en la obligación de decir que

los estancos son la máquina por excelencia del comercio; los catedráticos de moral, en la obligación de decir que el juego de la lotería es el más moral y justo de todos los servicios; los catedráticos de derecho político, en la obligación de decir que no hay cosa tan progresiva como el censo, los catedráticos de derecho penal, en la obligación de decir que no hay pena tan ejemplar y tan humana como la pena de muerte. Y si mañana hubiera un ministro reaccionario en artes, los pintores de San Fernando, porque reciben un sueldo de Fomento, debían pintar como pintaba Cimabue; si hubiera un ministro romántico, los catedráticos del Conservatorio debían declamar como declamaba Latorre; si hubiera un ministro galicista, los académicos de la Española consagrar sus galicismos en su Diccionario; si hubiera un ministro homeópata, los médicos de San Carlos aplicar los globulillos á su clínica; si hubiera un ministro espiritista, y se dan casos, todas las Universidades debían darse las manos para hacer bailar á las mesas y saltar á las ajofainas.

Cuando la libertad de pensamiento que alborea en la palabra de Abelardo al punto y hora de comenzar las Cruzadas y nacer los Municipios, esa libertad santísima, cuyas alas han pasado por tantas hogueras sin abrasarse, ya se confunde con el concepto fundamental de los derechos humanos, según los entiende la civilización, apenas puede comprenderse como un Estado, el cual no tiene para su servicio inquisidores, sino burócratas, pretende llevar su autoridad hasta un elemento espiritual mucho más ajeno á su jurisdicción que el infinito espacio, que el tiempo eterno, que la luz etérea, que los elementos materiales. Toda la dialéctica de la idea moderna ha ido por sucesivas descomposiciones rompiendo la tutela de la Iglesia y del Estado sobre la ciencia. Son grandes Vives y Erasmo por haberles arrancado el criterio de las ciencias literarias; grande Bacon por haberles arrancado el criterio de las ciencias naturales; grande Descartes por haberles arran-

cado el criterio de las ciencias filosóficas; y después de haber salido la ciencia del convento, de la iglesia y de las hogueras inquisitoriales; ¿había de caer en las garras de una burocracia? Señores, nada tan contradictorio como la naturaleza de la ciencia y la naturaleza del Estado, puesto que mira la ciencia por necesidad á lo absoluto, y mira el Estado por necesidad á la vida: la ciencia es toda luz, y el Estado necesita una parte de sombra: la ciencia es incondicional, y el Estado como el derecho es una reunión de condiciones. Y lo que digo del Estado ¡ah! digo de la Iglesia. Si no puede someterse la ciencia de ninguna suerte á la realidad política, tampoco puede someterse al dogma religioso. La religión es la idea creída, y la ciencia es la idea pensada; la religión se atiene á la fe, y la ciencia se atiene á las pruebas; la religión procede por intuiciones, y la ciencia procede por razonamientos; la religión se ofrece como sobrenatural y revelada, mientras la ciencia se ofrece como el resultado de los esfuerzos que hace por sí propia la razón humana para conseguir y allegar la verdad, tal como puede concebirse y presentarse por su propia virtud dentro de los límites naturales á nuestro conocimiento.

Así la ciencia, obligada por un colegio de sacerdotes ó por un Congreso de Diputados, por el Cónclave de Roma ó por el Parlamento de París, por los autócratas de Rusia ó por las Cámaras de Londres, por las hogueras de Torquemada ó por las hogueras de Calvino, á pensar de tal ó cual suerte, á robustecer este Gobierno, á servir aquella secta, pierde su carácter y se convierte por necesidad en escolástica, en comentario, en argucia, en silogismo vacío, en algo agudo, sofisticado, que lejos de conducir á la verdad y al bien, conducen necesariamente al error y al mal.

Señores, se me dirá: todos estos conceptos llevan á que la ciencia y la religión se aparten por completo del Estado. Y es verdad, y nadie puede maravillarse menos de tal conclusión que yo, adscrito desde los comienzos de mi vida intelectual á trabajar por la separación de la Universidad y

del Estado, por la separación de la Iglesia y del Estado. Señores, lo mismo la ciencia que la creencia pertenecen al individuo libre y por consiguiente á la sociedad humana; lo mismo la ciencia que la creencia están por su naturaleza íntima desligadas de la naturaleza del Gobierno. Pero hay largos periodos de transición que separan como la línea ecuatorial en el planeta, unos hemisferios de otros hemisferios en el tiempo y en la historia. Y como el partido liberal no puede hoy renunciar al patronato y al presupuesto eclesiástico, no puede renunciar tampoco al nombramiento de los catedráticos y al presupuesto universitario. Pero ninguna de las naciones de Europa exige ya que la Universidad piense como piensa su Estado, ni crea como cree su Iglesia. Bajo el poder absoluto de los reyes de Prusia, Kant ha podido sostener la República; como bajo la aristocracia protestante de Oxford sostiene mi ilustre inmortal amigo Max Muller una filosofía de la religión que no es ciertamente de tradicional ortodoxia.

La represión de la enseñanza está completamente desacreditada para todo estadista de juicio con el ejemplo de Rusia. El ministro Baturlin aconsejó al Emperador Nicolás convertir todas las Universidades científicas en colegios militares. No llegó á tanto, señores, pero les quitó la facultad de elegir sus rectores; suprimió en ellas todas las cátedras de derecho público; entregó á los sacerdotes de rito griego la metafísica; impuso programas y libros á su antojo; sujetó los catedráticos á la policía, como si en vez de ser licenciados en ciencias fueran licenciados de presidio; redujo el número de escolares que podían cursar en cada Universidad á 300; nombró de curadores á los generales; vistió á los claustros de uniforme y casco; desterró á cuantos leían la historia de las revoluciones ó suspiraban por la libertad; decretó disciplina más dura que la disciplina de los cuarteles; hizo de los tribunales de examen consejos de guerra, y tal reacción ha engendrado las sectas que no creen en Dios, ni en el espíritu, ni en el Estado,

ni en el derecho, y consumen su vida sosteniendo en los clubs, practicando en las calles esa horrible teoría del regicidio, que ha destrozado en mil pedazos á un Czar, y que recluye tristemente á su desdichado sucesor en los desiertos de Petheroff ó de Gatchina, sin que pueda mirar la cara de unos vasallos, los cuales se hallan tan bien educados por el despotismo, que llevan la rebelión en su pecho y el asesinato en su voluntad y en su conciencia. Señores, yo que he condenado el art. 7.º en Francia porque quitaba la facultad de enseñar á los jesuitas, condeno las circulares del partido conservador porque quitan la facultad de enseñar á los racionalistas, y aplaudo sin tasa las disposiciones del Sr. Albareda, quien al consagrar la autonomía de la ciencia, señores, ha consagrado el derecho de los derechos y ha defendido la libertad de las libertades.

No creais que digo á humo de paja estas ideas. Insisto y persisto con tal empeño en defender la libertad religiosa y la libertad científica, á las cuales podríamos llamar las libertades del espíritu, porque las considero como el alma de la libertad de imprenta y de la libertad de reunión, á las cuales podríamos llamar las libertades políticas. Y mantengo la libertad religiosa, la libertad científica, la libertad de imprenta, la libertad de reunión y asociación, y sus correlativas la seguridad individual de los ciudadanos y la independencia completa de los electores, porque deseo cambiar el método antiguo de nuestros partidos, el método de ganar el Estado para desde allí ganarse la sociedad, por el método más seguro y más racional de ganarse sin esfuerzo y conservar sin peligro la gobernación y dirección del Estado.

Cuadraría, señores, á este momento la explicación de mi política respecto á ese Gobierno, si no tuviera que contestar antes á insinuaciones dirigidas por el Sr. Navarro y Rodrigo á mi persona en el discurso escuchado por la Cámara con tanto aplauso, y reconocido y registrado ya por

la fama universal como uno de los mayores ornamentos de la tribuna española, por sus admirables proporciones oratorias y por su copia maravillosísima de profundas ideas políticas. Incitábame S. S. con la voz cariñosa de una inalterable amistad que me recuerda los días mejores de mi vida, incitábame á dejar en libertad á mis amigos para que abandonasen doctrinas tal vez sustentadas por afecto á su jefe, y les permitiera juntarse y confundirse con esa mayoría.

Siento, señores, que la tenacidad de mis amigos en su fe, muy superior ciertamente al cariño que profesan á mi persona, con ser tan grande, da por igual á todos vuestra fe. Nosotros creemos la forma política inseparable del contenido social, como es inseparable la organización humana del humano espíritu, como es inseparable la luz radiante del calor etéreo, como es inseparable la idea de la palabra. Además, en nuestro común sentir, ninguna de las restauraciones históricas, ninguna prevaleció jamás. Desde la restauración de los Estuardos en el siglo xvii hasta la restauración de los Bonapartes en nuestro siglo, ninguno de estos retrocesos ha sido una solución definitiva. ¡Cuántas veces, señores diputados, se creyó, en tiempo de Carlos II de Inglaterra y en tiempo de Luis XVIII de Francia, que una y otra restauración iban á vencer el triste destino de las restauraciones políticas! La ley de la solidaridad reina en el universo social, muy especialmente en las dinastías. Aún representan los Hapsburgos el destino que les señaló Carlos V, el predominio de la Alemania católica sobre la Alemania protestante, la autoridad sobre Bohemia y Hungría para erigir una fortaleza que permitiera primero contrastar á los turcos y luego vencerlos. Aún representan los Hőenzollern el destino que les señalara el Marqués de Brandeburgo en la toma de Inspruck, el predominio de la Alemania protestante sobre la Alemania católica, por medio de una liga como la liga de Esmalcalden, y por el esfuerzo de una marca como la marca prusiana. Aún repre-

sentan los Saboyas lo mismo que representaban allá en el siglo xvi, el predominio de su ducado por medio de cualquier alianza en los pueblos y en los reinos de Italia. Aún representan los Romanoff lo mismo que representaba Pedro el Grande, la infusión de la cultura germánica en las venas de Rusia, y el camino á Constantinopla. Aún representan los Orleans lo que representaban hace cien años, la conspiración de la rama segundogénita contra la rama primogénita en una regia estirpe.

Aquí se detiene, señores, mi respeto á la legalidad y mi deseo de no provocar discusiones irreverentes y peligrosas, ni aun obligado á ello por los empeños del debate.

No lo olvidemos, señores, no lo olvidemos: por grande que sea la libertad individual, reina una fatalidad histórica que las ciencias filosóficas designan con el nombre de atavismo y las ciencias sociales con el nombre de solidaridad. Un joven animoso y liberal puede vencer, y quizá vencerá las fatalidades de su raza; lo que no puede vencer, lo que no vencerá jamás, es la profundidad de mi fe. Aunque una vida llena de esperanzas puede indudablemente aventajar á una vida llena de recuerdos, yo sé, quizá se realice esto en porvenir muy remoto, yo sé que la historia humana es una lucha constante entre los derechos y los privilegios, y que en esta lucha las victorias parciales son todas para los privilegios que otros representan, pero las victorias definitivas son todas para los derechos que defendiendo yo. Luego, señores, os llamo la atención sobre un gran peligro para todo lo que vosotros adorais, os llamo la atención sobre Francia. Desde la batalla de Garellano hasta la batalla de Rocroy, España predomina sobre Francia; pero desde la batalla de Rocroy hasta nuestros días, Francia ha predominado sobre España.

No fundaron Carlos VIII y Luis XII un reinado franco-italiano, porque se opuso D. Fernando el Católico, que fundó un reinado italo-español; no fundó Francisco I un imperio franco-alemán, porque se opuso Carlos V, que